

## LA HISTORIA Y EL FIN DE LOS MITOS DE LAS CIENCIAS SOCIALES<sup>1</sup>

*Victor Hugo Acuña \**

En los días de octubre de 1999, cuando Gorbachov visitaba en Berlín a su colega Honecker y lo invitaba a seguir su ejemplo de apertura, yo me encontraba por coincidencia en la misma ciudad pero al otro lado del muro. La tentación de mirar, aunque fuese de lejos, al legendario personaje de la Perestroika, era demasiado grande, como grande era presenciar en directo el clima de agitación que en esos momentos había en la hoy difunta RDA. Con un colega historiador alemán, y con otros dos colegas costarricenses, uno de ellos también historiador, nos fuimos al célebre Check-Point Charlie a intentar pasar la frontera, aunque se nos había advertido que las autoridades germano-orientales habían impuesto restricciones. El pronóstico fue exacto y nos quedamos sin la oportunidad de conocer a la distancia al Presidente de la hoy también desaparecida Unión Soviética.

En noviembre de 1989, pocas semanas después de nuestro fracasado intento de pasar de una parte a otra de la dividida Alemania, de manera sorpresivo y como si fuese un espejismo, el muro de Berlín desaparecía. Para esa fecha yo no me encontraba por ahí, pero volví pocos meses después, en abril de 1990, después de las elecciones generales germano-orientales en las que los demócratas cristianos salieron triunfantes y en la que los grupos que habían luchado en contra de la dictadura de Honecker obtuvieron un resultado ínfimo que los excluyó como actores de la escena política y como gestores del proceso que entonces se iniciaba.

Luego paso a paso fui testigo del proceso de reunificación de Alemania y el 2 de julio de 1990, el día de la unificación monetaria, hice una larga e insólita caminata que me condujo sin policías, ni pasaportes, ni barreras, desde el antiguo Reichstag hasta la masiva, ventosa y un tanto aparatosa Alexander Platz, en el corazón- de Berlín Oriental. Después siguió lo que siguió y de repente un mundo o una forma de organización del mundo que había nacido a partir de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Bolchevique y que había terminado de conformarse sobre las cenizas que dejó la Segunda Guerra Mundial, ese mundo que todos pensaban permanente e irreversible, desapareció para siempre.

Unos meses después de la caída del muro de Berlín leí en un periódico una información que me resultó cómica y desconcertante, según la cual dentro de los círculos de soviólogos, y especialistas de información, inteligencia y afines en los Estados Unidos, se cernía el fantasma del desempleo por el fin de la Guerra Fría, y después de haber quedado envueltos en un velo de descrédito por haber sido totalmente incapaces de prever o pronosticar el estrepitoso derrumbe del sistema del socialismo realmente existente. En otras palabras, un ejército de bien pagados analistas de la situación social y política de los países de Europa Oriental y del sistema internacional de la edad de la Guerra Fría, se habían mostrado perfectamente incompetentes,

---

<sup>1</sup> Participación en el debate que, bajo el título que conserva este artículo, organizó la Sección de Teoría y Métodos de la Escuela de Historia y Geografía, en octubre de 1992.

\* Profesor de la Escuela de Historia y Geografía. Universidad de Costa Rica.

para realizar un diagnóstico y una interpretación adecuada de la realidad que estaban encargados de estudiar.

Evidentemente, al leer aquella información periodística, me sentó totalmente aludido, no porque yo trabajase para algún servicio de inteligencia, y ni siquiera porque tuviese una consultora de opinión pública o de estudios de factibilidad, sino por la simple razón de que según mi propia percepción soy una persona que trabaja en el campo de las ciencias sociales. A partir de ese instante tuve que aceptar que el fin del socialismo realmente existente debía de manera necesaria tener algunas consecuencias, quizás devastadoras, sobre lo que había aprendido de la historia y las ciencias sociales y sobre el paradigma al cual yo me había adscrito: el marxismo. Desde entonces he andado buscando una respuesta a esta cuestión y no la he encontrado entre quienes he considerado mis "maître-à-penser". En este menester recibí una buena decepción cuando un día caminando por una calle de Oxford vi en un escaparate el último número de *Marxism Today*, la revista del Partido Comunista Británico, en la que venía un artículo del historiador Eric Hobsbawm, titulado algo así como "Adiós a Todo Eso", en el que decía que el periodo iniciado en 1917 se había cerrado en 1989, y que finalmente el capitalismo había resuelto de manera exitosa tanto el desafío del fascismo, con la ayuda del comunismo, como el reto del propio comunismo. Finalizaba anunciando Hobsbawm que quedaba por verse si el capitalismo lograría estabilizarse por mucho tiempo. El tan eminente y venerable historiador marxista británico no me ayudó a resolver mis problemas y desde entonces había tratado de esquivar su abordaje.

Por lo menos hasta el día de hoy en que en un contexto histórico de particular resonancia respecto de estas cuestiones por el lugar que ocupó en la década pasada en la historia de las revoluciones del siglo XX y en la historia contemporánea de América Latina, me tomo el atrevimiento de formular algunas dudas en voz alta.

Historiadores y científicos sociales centroamericanos seguimos creyendo que el mejor libro de historia escrito por un centroamericano en los últimos treinta años es probablemente *La Patria del Criollo*, del guatemalteco que reside exilado en México, Severo Martínez Peláez. También muchos de nosotros recordamos la crítica que el historiador Ciro Cardoso hiciera a esta obra al principio de la década de 1970; crítica que fue seguida además por una propuesta teórica sobre la especificidad de los llamados modos de producción coloniales en América Latina. Como bien se recordará la crítica de Cardoso a Martínez Peláez se inscribía en la vieja polémica latinoamericana sobre el carácter feudal o capitalista de estas sociedades, polémica que a su vez era tributarla de la famosa teoría de los cinco estadios de las formaciones económicas sucesivas de la humanidad, formulada por Marx y acartonado por Stalin. A medida que avanzó la década de 1970 dicho debate se animó en América Latina pero luego en la década siguiente se fue apagando lentamente hasta quedar en el puro silencio.

Hoy, después de la desaparición de un sistema social que decíamos era el que seguía después de la desaparición del capitalismo y así lo considerábamos en nuestras periodizaciones de la historia y en las llamadas teorías de la transición de los sistemas económicos, conviene hacerse la pregunta de si sigue teniendo sentido hablar de teorías de los modos de producción. Incluso, en forma más radical, debemos interrogarnos si las periodizaciones que hemos utilizado para distinguir por etapas el desarrollo de la humanidad siguen siendo válidas o no.

Este cuestionamiento de nuestros procederes en las labores de periodización histórica puede parecer meramente académico si no fuese porque afecta cuestiones de fondo: en primer lugar, porque se pone en duda nuestra convicción de que la historia humana ' transita siempre por las sendas de progreso y, en segundo lugar, porque el fracaso de un sistema que pretendió ser el sucesor del capitalismo en un contexto en donde conocemos el carácter esencialmente depredador de recursos naturales y humanos del capitalismo pone en duda nuestra convicción de la perdurabilidad de la especie humana. Puede ser que nos estemos acercando al fin de la historia, no a la manera de un capitalismo - mundial eternamente estabilizado sino en la forma de una catástrofe final del planeta.

También el cierre del cielo iniciado por la Revolución Rusa de 1917, o quizás por la Revolución Francesa de 1789, nos lleva a interrogarnos sobre la eficacia de la revolución como método de promoción del cambio social. Franz Hinkelammer disfruta señalando la paradoja de que las revoluciones se hacen básicamente para aplicar algunas reformas y ocurren precisamente por las resistencias e inercias que se oponen a tales reformas. Ahora bien, después de 1989, y si hacemos un balance realista y descarnado de las revoluciones que en distintos ámbitos nacionales hubo en el Tercer Mundo y si reconocemos el atraso tecnológico y social en el que terminó el mundo del socialismo realmente existente en comparación con los países capitalistas avanzados, la eficacia y el éxito de tales revoluciones como método de cambio social y como vías hacia formas de vida social que para llamar de alguna manera podemos denominar "desarrolladas", queda en entredicho.

Las observaciones anteriores son polémicas por su connotación política, pero tienen consecuencias importantes para el análisis histórico y la reflexión de las Ciencias Sociales. Con esto queremos decir obligaban a ubicar la problemática del cambio social en el marco de las relaciones entre los procesos de cambio en el largo plazo y los procesos de cambio en el corto plazo. Para tomar un ejemplo muy ilustrativo recordemos que la Revolución industrial fue un típico cambio de largo plazo que fue resultado de modificaciones acumulativas en la economía inglesa y en la economía mundial del siglo XVIII y que produjo un resultado definitivo y duradero solamente unas décadas después. Por el contrario, la Revolución Francesa fue una revolución en el sentido estricto del término y fue un fenómeno de ruptura global en el corto plazo pero cuyos efectos fueron más contradictorios en el largo plazo. Recordemos que la dialéctica revolución-restauración parece ser una de las características de la época moderna. Historiadores y científicos sociales, pero también los hombres y las mujeres de acción, deberíamos volver los ojos hacia esos cambios de largo plazo para desentrañar su lógica.

Todas las cuestiones señaladas sobre modos de producción, estadios de desarrollo de la sociedad humana, procesos de transición y papel de las revoluciones en los procesos de cambio social, nos plantean algunas interrogantes sobre lo que hemos creído eran los factores determinantes de la dinámica histórica.

También nos obligan a repensar nuestros criterios sobre los principios de determinación y de totalización de la vida social.

En aquellos mismos años en que en América Central y en América Latina se debatía sobre los modos de producción se fue imponiendo casi como forma del sentido común de la época la llamada Teoría de la Dependencia, especificación o aportación latinoamericana a las

llamadas teorías del imperialismo. La influencia de este esquema de interpretación social puede ejemplificarse en la circunstancia de que el ya citado Ciro Cardoso creó la categoría "modos de producción dependientes" mientras que otros hablaron de "modos de producción subsidiarios". Como se recordará según dicha teoría la clave del subdesarrollo latinoamericano era su situación de dependencia, es decir, su posición específica de subordinación y explotación en el mercado mundial capitalista. Esta teoría luego adquirió gran fuerza en el "establishment" académico norteamericano y aún tiene influencia sobre todo por los escritos de Immanuel Wallerstein y la aplicación que Fernand Braudel hizo de ellos en su monumental obra sobre la civilización del capitalismo.

No obstante, con el paso de los años los dorados blasones de la Teoría de la Dependencia se fueron herrumbando, en este caso no porque el diagnóstico fuera totalmente inadecuado sino porque fue insuficiente. Insuficiente desde el punto de vista práctico porque no permitió encontrar una solución al problema de la dependencia e insuficiente teóricamente porque no resolvió lo que planteaba como su cuestión central: la dialéctica de lo interno y lo externo en la generación del atraso latinoamericano. Como algunos críticos de la conceptualización de economía-mundo de Wallerstein lo han señalado, el problema del atraso o del subdesarrollo tiene que ver con ciertos patrones de relaciones de clase al interior de las distintas sociedades y con los efectos que tales patrones tienen sobre la innovación tecnológica y las formas de inversión social o de acumulación de capital.

Ahora bien con la restauración de la economía de mercado en los antiguos países del socialismo realmente existente y con la nueva fase de internacionalización en que ha ingresado la economía mundial, surge la duda de cómo abordar la cuestión de la dependencia y cómo plantear la llamada dialéctica de lo interno y lo externo. ¿Dónde termina lo interno y comienza lo externo en este mundo de economías abiertas e integradas? ¿Es entonces la dependencia una condena para economías que hoy no pueden pretender ser autárquicas? la nueva etapa de expansión de las relaciones mercantiles a nivel planetario ha venido acompañada como en todas las demás etapas de la llamada economía mundo, surgida en el siglo XVI, de crecientes desigualdades y disparidades entre grupos sociales, regiones, naciones y continentes. El problema no radica tanto en señalar esas realidades como en interpretarlas y en proponer soluciones prácticas distintas de las propuestas de las teorías hoy dominantes del mercado total y de la sacralización de la forma mercantil capital.

La pérdida de vigor de las conceptualizaciones sobre modos de producción y sobre la dependencia fue en parte sustituida por un nuevo interés por los sujetos y los actores sociales. En los años de 1980 en el contexto de la lucha contra las dictaduras del Cono Sur y de los procesos insurgentes y revolucionarios en la América Central los científicos sociales y los historiadores empezaron a preocuparse por los movimientos sociales. Al inicio de esa tarea fueron tributarlos del análisis convencional que confería a determinada clase social cierto potencial natural de lucidez y transformación social superior o inferior a otros grupos sociales. En Centroamérica en esos años, e incluso antes de la década de 1970, fue célebre el debate en Guatemala entre los que ponían el acento en términos étnicos en la cuestión indígena y quienes la abordaban en términos de clase.

El descubrimiento de los llamados nuevos movimientos sociales contribuyó mucho a

superar los viejos esquemas que atribuían funciones mesiánicas preestablecidas a determinados sujetos sociales y ayudó a descubrir la diversidad de la agenda de los sujetos sociales. No obstante, en la situación actual la reflexión sobre los actores sociales debe ser llevada hasta sus últimas consecuencias: por un lado, corresponde preguntarse qué utilidad pueden tener los conceptos que hemos utilizado para la clasificación e identificación de los agentes sociales como la categoría clase social. Por otro lado, debemos indagar hasta qué punto el énfasis en las dimensiones conflictivas de las relaciones entre los agentes sociales no requiere el correctivo del estudio de sus dimensiones de cooperación, negociación y regateo. Este tipo de problema apunta a una cuestión medular que las ciencias sociales tienen que replantearse. Nos referimos a la cuestión de cómo funciona no ya el cambio social sino el orden social, la conservación y la reproducción de los sistemas sociales. Al fin y al cabo, quienes se presumía en el siglo XIX serían los enterradores del capital, en el siglo XX han terminado siendo sus colaboradores.

Casi contemporáneamente con lo que Alain Touraine llamaría el regreso del actor como preocupación de las ciencias sociales, adquirieron influencia las teorías estructuralistas, tanto marxistas como no marxistas, que expulsaban al sujeto de la historia o, como dijo el historiador británico E. P. Thompson refiriéndose a las teorías del filósofo francés Louis Althusser, consideraban la historia como un proceso sin sujeto. El exilio del sujeto de la sociedad y de la historia condujo a poner el acento en conceptualizaciones sobre la dominación total de las formas de poder social y la irremediable alienación de individuos y actores sociales. Como dijera alguna vez, con su brillante y convincente retórica, el historiador Fernand Braudel "las estructuras son cárceles de larga duración". Sin embargo, el colapso estrepitoso de las sociedades de Europa oriental, vistas por muchos como modelo de dominación total, constituyó una seria puesta entre paréntesis de tales conceptualizaciones. Sin embargo, las circunstancias de que tales sociedades no fuesen reformables y que su única alternativa haya sido la restauración del sistema de economía de mercado y su retorno al mercado mundial para ocupar en él alguna forma de existencia periférica, pareciera dar razón a los teóricos del totalitarismo, pero de una manera inesperada: lo totalitario históricamente no fue el estado de las economías estatizadas del siglo XX sino el mercado y su forma de funcionamiento tal y como la conocemos desde el siglo XVI.

Una última cuestión: algunos jugando a la metáfora y a los atajos del pensamiento, afirman que las sociedades autoritarias de Europa Oriental se derrumbaron ante el impacto de la radio, las fotocopiadoras y la televisión occidental, es decir de algo tan inmaterial como la información. El valor de este recurso retórico consiste en que nos plantea el problema de que debemos cuestionarnos sobre el valor de las distinciones convencionalmente aceptadas entre la parte material y la parte ideal de lo real en la vida social. En otras palabras, de la pertinencia de las metáforas del tipo base-superestructura. La separación entre valor e interés es menos sencilla de lo que a primera vista parece. En el derrumbe del socialismo realmente existente es difícil distinguir el papel de la escasez crónica que padecieron esas sociedades del papel de la miseria moral en que después de sus primeros años de esperanza se fueron empantanando.

También es igualmente válido preguntarse si la ideología actualmente dominante del mercado total, del individualismo posesivo desenfrenado que supone que todo valor es una forma de interés, o que todos los intereses por el mero hecho de ser mercantiles son altruistas,

puede resolver los problemas humanos de la época actual, ya que a pesar de todo, criterios de lo que algunos llaman "economía moral", de solidaridad social, persisten como valores básicos y prácticas cotidianas de una gran cantidad de hombres y mujeres. El desafío de la ciencia social y también de los historiadores, pues lo vivido recientemente nos obliga a volver a ver el pasado con nuevos ojos, consiste en repensar los instrumentos de análisis de la vida social e histórica, sus formas de periodizar, de clasificar en el tiempo las sociedades humanas, de categorizar y agrupar los distintos conglomerados de seres humanos, de explicar los principios de los mecanismos de funcionamiento del cambio social y del orden social, de interpretar las formas específicas en que funcionan las desiguales relaciones de poder en la vida social, de comprender las relaciones entre seres humanos individuales y sociedad. Historia y Ciencias Sociales, hoy como hace más de un siglo en las décadas posteriores a la Revolución Francesa, tienen que volver a pensar sobre la posibilidad de la libertad y sobre la posibilidad de la realización concreta de las necesidades humanas, de cada persona concreta. Quizás como Sísifo debemos recomenzar ... pues el mercado total no es la eternidad.